

Binge Purge

¿Un cambio climático, un cólico planetario?

Las gentes de habla inglesa usan esta expresión para referirse a las consecuencias de un exceso. En estos tiempos es común leer noticias sobre la necesidad de salvar al planeta como si estuviera amenazado de muerte, cuando lo que le sucede es el efecto de un exceso de humanos y en los excesos que estos cometen actuando como una infección masiva. Superada la tolerancia de Gaia, como la denominó J. Lovelock, está comenzando la purga, una purga que tendrá malas consecuencias para los especímenes que le dañan y muchos de los que siendo inocuos y aun beneficiosos no podrán escapar a sus efectos.

El planeta no necesita ser salvado, ha superado situaciones bastante serias. De hecho, ya ha padecido un exceso parecido a fines del periodo Arcaico y comienzos del Proterozoico (entre 3.000 y 2500 millones de años antes del presente) que originó un cambio radical en el sistema atmosférico, hidrológico y biológico, cuando unas formas de vida crecieron de tal manera que sus digestiones llenaron la atmósfera de una gas letal, el oxígeno, lo que acabó con el dominio de las formas de vida anaerobias, cuyos supervivientes hubieron de refugiarse lejos del oxígeno, de modo que hoy los encontramos en nuestros intestinos y los de otros seres vivos.

El problema del planeta es que los humanos somos demasiados y nos acompañamos de una sobreabundancia de otras especies animales y vegetales de las que nos alimentamos y utilizamos. Además llevamos dos siglos contaminando la atmósfera con gases, el agua y el medio todo con residuos, basuras y desechos, al tiempo que eliminamos la flora y la fauna capaz de reducirlos, mientras nuestro número ha crecido desproporcionadamente, tanto numéricamente como en masa así como la masa que producen nuestros desechos. El exceso de subproductos de la especie humana está alcanzando tal dimensión que la purga tiene visos de llevar a consecuencias aún más serias que las que tuvieron lugar al fin del eón Arcaico.

El problema es de difícil, por no decir imposible, solución a causa de dos razones: una física, aunque puede resolverse, porque la caída de la natalidad irá reduciendo el contingente de humanos, como ya sucede en gran parte del mundo occidental. La otra es moral y prácticamente inabordable. El desarrollo de un sistema basado en el consumo, potenciado por el capitalismo neoliberal, conduce a una situación que obliga a la mayor parte de la población mundial a utilizar los recursos más baratos con nulo cuidado para las costosas medidas de protección ambiental, mientras que las gentes de los países más avanzados llevan un género de vida

basado en desplazamientos, viviendo en ciudades masivas donde se derrocha energía para todo, gastando la mayor parte de sus ingresos en un consumo continuo de productos con obsolescencia programada para mantener un sistema en que solo cuenta el incremento sostenido de los beneficios para las grandes compañías.

El sistema, desde finales de los 80 de modo descarado, se fundamenta en la gestión política de los parlamentos democráticos cuya principal preocupación es que las cosas sigan como están y las grandes compañías mantengan sus beneficios. Así, pretender que se reduzca el consumo y que se limite el uso de medios de desplazamiento, supone cambios radicales en las condiciones de vida y enormes costos a los que los ciudadanos se resistirán con uñas y dientes. Y qué decir de las comodidades que han devenido fundamentales para buena parte de la sociedad occidental y una aspiración para el resto del mundo: iluminación a voluntad, servicios públicos que hacen del medio urbano un ámbito totalmente artificial y acogedor frente a las incomodidades de la naturaleza, agua abundante para baños y cocinas, viajes en automóvil o turismo en avión o en barco, frecuentar restaurantes y servicios de hostelería, toda clase de electrodomésticos y dispositivos... Para intentar resolver el problema ambiental se trata de pasar de ese modelo que debe tener porcentajes positivos todos los años en los indicadores de crecimiento que tanto gustan a los políticos, empresarios y economistas, a un modelo de decrecimiento, con porcentajes negativos que indicarán un descenso en los parámetros de países prósperos y un aumento de la pobreza, especialmente cuando el decrecimiento, dada la desigualdad que el neoliberalismo imperante ha creado en todas partes, afectará a los más pobres y a las clases medias, pero no a los más ricos.

A estos últimos no les importa lo que pueda ocurrir con los cambios en el sistema climático, atmosférico, biológico o humano, porque sus medios les permiten escapar de tales efectos, siempre que el sistema socioeconómico y político siga como está. La película *Elysium* muestra en la ficción una de esas soluciones, mediante una gigantesca estación satélite. Es más, incluso, están tratando de escapar de la inevitable desaparición biológica del individuo, impulsando investigaciones que estimulan el debate sobre transhumanos o ciborgs.

En estas condiciones caminamos inevitablemente a un desastre que no evitaremos con las soluciones típicas del buenismo que se sugieren para salvar el planeta, las cuales tienen tan pocas posibilidades como el intento de resolver la pobreza mediante limosnas de quien quiera darlas. Esta forma de **ecologismo utópico** es

la solución que se ha buscado para acallar la conciencia de quienes la tienen y convertir en víctima al planeta, ocultando con ello que la víctima somos nosotros, con otros seres vivos, y creando, al paso, nuevos negocios con el buenismo.

Porque conviene no olvidar que parte de esas acciones que se venden como obras de solidaridad son fuente de beneficios que, encima, se consideran merecidos porque se está salvando el planeta. Sobreabundan los ejemplos de residuos peligrosos y basuras que, con aparente solidaridad ecológica, se retiran de los países occidentales para llevarlos a peligrosísimos depósitos en países pobres, de acciones como el combate contra las bolsas de plástico que ha servido para que ahora nos las cobren sin que se reduzca su consumo, o el modelo de reducción de emisiones de carbono, de inspiración capitalista, que ha convertido las emisiones en una bolsa donde se compra y se vende el derecho y las cantidades a emitir.

Ciertamente todos somos culpables y todos tenemos la responsabilidad de muchas toneladas de carbono y otros gases vertidas a lo largo de nuestra vida. Piénsese que un automóvil de los que se consideran menos dañinos y mejor ajustados, viene a verter de promedio unos 28 o 30 gramos de CO₂ por km, que los menos cuidadosos con el medio están por encima de 125-150 y que los vehículos viejos, los pesados y máquinas superan con mucho esos valores. Un coche de los menos contaminantes produce alrededor de 3 kg de CO₂ en 100 km y en 3 toneladas en 100.000 km. Así, cualquier familia de clase media, aun modesta, multiplica entre 10 y 20 esa cifra a lo largo de su vida activa. O, si se prefiere, multipliquen esas cifras por el número de vehículos por habitante y estimen una vida media de 200.000 km por vehículo. Eso referido a los coches más limpios, pero la mayoría multiplica por 4 o 5 esos 30 gramos de CO₂, y los camiones, autobuses, tractores, y máquinas pesadas, especialmente cuando envejecen, los multiplican por valores altos de 2 cifras. Y añadamos a eso aviones y barcos, estos últimos consumiendo los peores combustibles, cuyas emisiones exceden con mucho estimaciones semejantes.

Y solo hablamos de uno de nuestros rasgos contaminantes. ¿Qué decir del plástico que vertemos al medio, del agua que contaminamos con el uso diario de nuestros grifos y sumideros, del aceite detergentes, pinturas y otros químicos de los que todos tenemos una proporción en nuestra cuenta, de la demanda de productos agrícolas consumidores de agua y abonos cuyos residuos se incorporan al subsuelo y a la circulación de agua, de los ganados, no solo por los famosos pedos de las

vacas, sino sobre todo por el consumo de productos que requiere su cría y los vertidos y deshechos que producen.

Claro que todo ello crea mala conciencia, una mala conciencia que se está utilizando para que, por su causa, no nos agrade abordar la cuestión de fondo: que esto no es sostenible ni puede ser duradero. Preferimos el buenismo, acallar nuestra conciencia con separar residuos de productos que insensatamente seguimos consumiendo, comprar lo que se anuncia como sostenible, igual que se nos venden las ciudades sostenibles, fábricas sostenibles... La realidad es que sabemos que todo eso es mentira. Sabemos que la mayoría de envases y residuos que dejemos en el contenedor adecuado no se recicla o no se trata porque no es económicamente rentable, que la idea de sostenibilidad consiste en que los residuos o los aspectos más negativos de la degradación ambiental desaparezcan de nuestra vista, lo que significa que se quitan de ahí para llevarlos a otra parte. La sostenibilidad de Occidente es la insostenibilidad del mundo pobre.

Tenemos mala conciencia porque estamos constatando que hemos caído, o hemos sido forzados a caer, en una tentación irresistible: el modo de vida que se ha llevado en Occidente en la segunda mitad del siglo XX. No era una tentación gratuita porque nos costó ganar esa vida, fueron años de trabajo y esfuerzo para pagar préstamos e hipotecas, años quitados al descanso a la atención a los hijos y a la familia, a la vida tranquila. ¿Cómo podía parecernos mal esforzarnos para mejorar las condiciones de vida de nuestra familia?. Sin embargo, resultaba evidente que el consumo, los préstamos, el trabajo para financiarlo, esclavizaba a la mayoría mientras beneficiaba a unos pocos que cada año eran más ricos. El problema ha sido que estos, locos de avaricia, quisieron forzar el enriquecimiento sin advertir que si fallaba el consumo se hundiría todo el modelo. Así se lanzaron a la especulación sin frenos, al abuso sin paliativos de los trabajadores, a inventar nuevas formas de depredación. De ese modo las sociedades occidentales llegaron a la crisis de principios de siglo que coincide con el agravamiento de los síntomas de graves daños ambientales, de la sobrecarga de humanos y sus actividades.

Ahora estamos tomando conciencia de que los excesos que cometimos, desde el punto de vista ambiental o ecológico, hay que pagarlos. Es caro compensar y reducir los daños ambientales, de manera que nos resistimos a hacerlo, dilatando la aplicación de medidas, dejando que esos costes y consecuencias aumenten para que los paguen, dramáticamente agravados, nuestros nietos. Coincidiendo con los abusos del capitalismo neoliberal, los daños en el clima, les afectarán en muchos

aspectos, desde las condiciones básicas del modo de vida, a las amenazas climáticas y ambientales. Todos somos conscientes de que nuestros hijos vivirán peor que nosotros y nuestros nietos peor que ellos. Y, eso es una observación egoísta, porque las gentes de los países pobres a quienes se ha puesto en la boca el caramelo del modo de vida occidental, se les va a arrebatar sin contemplaciones, a lo que se les añaden las consecuencias más graves de las alteraciones en la naturaleza debido al problema de los cambios atmosféricos.

Aunque parezca insensato, ni los gobiernos, ni los ciudadanos quieren abordar una solución. Prefieren cerrar los ojos y esperar algún milagro. Los gobiernos porque, por un lado, se deben a los poderosos que financian los partidos políticos y aseguran a sus líderes una salida envidiable cuando abandonan la política activa; por otra parte porque en las democracias capitalistas occidentales, los ciudadanos votan según que las decisiones de los gobiernos les afecten más o menos en el corto plazo. Corto plazo que es la norma fundamental también para gobiernos y partidos políticos.

Seamos realistas, resolver los problemas a que nos enfrentamos requiere cambios drásticos y los requiere ya. Aunque redujésemos a la mitad las emisiones en los próximos 10 años, se seguirían vertiendo cantidades gigantescas de gases a la atmósfera. Mientras se siga usando la energía como la usamos ahora y consumiendo como consumimos ahora, con las moderadas reducciones que se proponen tras largos días de debate (resoluciones que, por cierto, no se cumplen más que en parte), en el mejor de los casos, solo conseguiremos retrasar ligeramente el proceso y que las consecuencias más graves afecten con menos intensidad a nuestros nietos para afectar más gravemente a sus hijos o nietos. Pero incluso es discutible que esa ralentización llegue a funcionar: una vez desencadenados los procesos planetarios tienen elevada inercia y no se dejan frenar o modificar fácilmente. Más aún, intentar detener radicalmente todo lo que está en la causa del problema (lo que va desde el cambio radical en el modo de vida, a eliminar gran parte de las actividades que ahora se ejercen y a una crisis energética de dimensiones colosales) sería un *casus belli* para los grandes países. Y con ello llegaríamos a la solución final de todos los problemas. Por eso los científicos y las conferencias y reuniones sobre el cambio climático solo aspiran a retrasar los efectos mediante la moderación en los aspectos más dañinos, intentando acabar de convencernos a todos, esperando que mientras tanto se consiga una fuente de energía capaz de sustituir en todo a las actuales y que no tenga serios inconvenientes. La cuestión es que ni los científicos, ni las personas más preocupadas quieren ver que, en un

sistema neoliberal que coloca el capitalismo por encima de todo, no es posible, resolver el problema que afecta a todos. Solo se resolverá lo que garantiza la solución para unos pocos, para quienes puedan pagarlo.

Así pues, tal y como está el panorama no parece probable que se mejore la situación de manera sensible porque se opondrán a ella, tanto los ciudadanos de a pie, a quienes será necesario restringir costumbres e imponer costes, como los ricos y poderosos que no están dispuestos a aceptar ninguna reducción. Mas, como el peor enemigo del capitalismo es la avaricia de los capitalistas, sea como sea, abusarán lo más que puedan, empeorando la situación.

No se detendrá, por tanto, el cambio climático. Aunque durante un largo periodo de tiempo, hasta que se estabilice la atmósfera y se alcancen esos 6º o 7º de incremento sobre las medias planetarias actuales, lo que sufriremos serán una gran irregularidad climática, fenómenos extemporáneos y excepcionales por sus dimensiones y consecuencias. En unos **milenios**, con un clima ya estabilizado, el planeta tendrá unas condiciones parecidas a las de algunos periodos geológicos anteriores registrados durante la era Secundaria o el Eoceno. Hasta entonces, se habrá alargado el actual interglaciar, rompiendo el ritmo de las glaciaciones del cuaternario; habrá subido algunas decenas de metros el nivel del mar, haciendo desaparecer las actuales ciudades costeras y buena parte de las actuales cifras de población humana, si es que los ajustes al proceso de cambio climático no originan un conflicto armado que acabaría con todo. Probablemente estarán apareciendo nuevas especies vegetales y animales adaptadas a una atmósfera con 1000, 1500 o más, partes de CO₂ por millón. Todo ello referido al clima, sin considerar el añadido de la contaminación, de la alteración ambiental global en la calidad del agua, depósitos e incorporación de químicos al suelo, de la pérdida de fertilidad de los suelos, de la extinción de especies, problemas que son bastante más graves que el calentamiento global, aunque el planeta en un periodo de tiempo de escala geológica (millones de años) los acabe reciclando.

En conclusión, no se trata de salvar al planeta sino de salvarnos nosotros, la multitud de especies animales y vegetales y el medio ambiente en que hemos vivido durante el Cuaternario, que es condición vital para unos y otros. Se trata de salvar las condiciones del medio (atmósfera, hidrosfera, litosfera y biosfera con todas interacciones) y su equilibrio, que aseguran nuestra existencia. Por tanto, no podemos olvidar que:

- La cuestión no es que la temperatura aumente algunos grados o que suba algunos decímetros el nivel del mar. No se trata solamente de esos detalles previstos para los próximos decenios: Se trata de un cambio global en la composición, estructura y dinámica de la atmósfera. Se trata de una notoria variación en las proporciones de los gases que la componen, no sólo en la presión del CO_2 , que quedará muy por encima de los crecidos valores actuales, sino también del incremento de volumen del vapor de agua, además de la incorporación de otros gases que estamos añadiendo, como el NO_2 o los clorofluorocarbonos y los resultados de las reacciones que unos y otros originan. Se trata de que el aumento de temperatura de la troposfera elevará su altura, especialmente en las zonas frías polares y circumpolares, con los efectos que todo ello tendrá en la dinámica, porque se modificarán las actuales zonas climáticas y sobre todo el comportamiento de las masas de aire y los centros de acción, borrascas y altas presiones; como se alterará la latitud, velocidad y ondulaciones de los jets, así como la intensidad de los fenómenos meteorológicos, que ya estamos padeciendo.
- Tendrán lugar procesos similares en los océanos cuya composición química, espesor de sus capas y dinámica de corrientes y costas será diferente. La expansión térmica de la capa superior aumentará su tamaño y relaciones con capas y fenómenos profundos y está determinando gran parte del ascenso del nivel del mar. También cambia la composición química del océano al incrementar la cantidad de carbono absorbido por las aguas, además de todos los elementos físicos y químicos que arrojamos al mar con la estúpida idea de que al quedar bajo el agua desaparecen. Al incorporarse el agua dulce de los glaciares se modificarán las corrientes marinas y cambiará su papel en la distribución de temperaturas, además de modificarse la acción del mar en las costas a consecuencia de los cambios en la morfología de los fondos litorales por el incremento del nivel del mar. También cambiará la formación de depósitos sedimentarios y el tipo de sedimentos, aunque los humanos no se verán afectados a causa del largo plazo de ese proceso.
- La corteza, el roquedo sobre el que vivimos, no escapará de los cambios. A pesar de que la mayoría de los cambios en este aspecto son de una gran lentitud, ya estamos viendo algunos detalles: erosión incrementada, movimientos de tierras, argayos, debidos a las crecidas e inundación por tormentas y gotas frías; cambios en la fertilidad de los suelos. A más largo plazo, la acidez de las aguas por la abundancia de CO_2 acelerará la alteración de los carbonatos

y silicatos y el aporte de sedimentos modificara los carga sedimentaria de los ríos, en los que ya estamos viendo aumentos violentos de caudal y estiajes profundos, irregularidad debida a la intensidad de los fenómenos atmosféricos.

- No es necesario insistir en los cambios en la biosfera, donde asistimos continuamente a la extinciones de especies de la fauna y de la flora en lo que amenaza con ser la mayor extinción, capaz de superar todas las extinciones en masa conocidas. Sin embargo es importante destacar que entre estas extinciones hay especies fundamentales para el equilibrio del medio. No es sólo el retroceso sistemático de la vegetación, se trata de la degradación del plancton, algas y hongos oceánicos, de bacterias, hongos y gusanos del suelo que aseguran su fertilidad, se trata del crecimiento de bacterias resistentes a los antibióticos que resultan de la ganadería industrial, de los desechos de esa ganadería y de toda una serie de acciones y reacciones que estamos desencadenando en la biota.
- Todo esto no va a ocurrir de un día para otro. Los procesos globales en el planeta son lentos y los fenómenos iniciados suelen tener una notable inercia que los lleva a persistir, resistiendose a cesar. La consolidación de todos estos procesos conducirá a un nuevo estado de equilibrio planetario que necesitará varios miles, incluso algún millón de años para estabilizarse. Hasta entonces se sucederán varias fases en busca de ese equilibrio, y entre unas y otras dominará la irregularidad, la inestabilidad y los cambios brutales mas o menos repentinos. Y cuando se alcance un equilibrio estable, el planeta resultante será muy diferente del actual. Sin embargo no debemos empezar a saltar de alegría pensando que la lentitud de los procesos nos asegura un respiro. Los animales y vegetales complejos somos la parte más débil del sistema, de manera que un cambio brusco o relativamente rápido nos afectará profundamente.
- La vida es resiliente, de manera que la vida y los seres vivos no desaparecerán del planeta que ha sufrido varias extinciones masivas de las que se ha recuperado abriendo nuevos caminos originando nuevas especies de seres vivos, adaptándose a nuevas condiciones. La extinción masiva de fines del Cretácico causada por el famoso meteorito de Chicxolub, cuyos efectos estuvieron lejos de los que ahora se anuncian, pues no produjo tantas alteraciones físicas y químicas, capaces de afectar el medio en todas las escalas, aunque algunos millones de años después, el vulcanismo masivo del Dekan en India cambió

químicamente el ambiente desencadenando, entre otras cosas, el Máximo Termal Paleoceno-Eoceno, cambios que llevaron a la extinción de muchas especies, en especial del plancton. Fue un tiempo de inestabilidad ambiental que condujo al desarrollo de mamíferos y aves. Estos procesos afectaron seriamente al planeta pero no acabaron con la vida. Acabaron con un tipo de vida que se había desarrollado durante la era secundaria, tras los fenómenos que originaron la extinción pérmica. A finales del Cretácico los dinosaurios dominaban el planeta, insertados en un ambiente con el que interactuaban. Ese ambiente fue alterado por el bólido de Chicxolub y tal alteración hizo imposible la supervivencia de los dinosaurios, que desaparecen del registro fósil. Y es que los seres más complejos, de mayor tamaño, los que culminan la pirámide trófica y son grandes consumidores de recursos, son los más débiles frente a tales alteraciones. La vida siempre se adapta, aunque conviene no perder de vista que el hecho de construir un ecosistema planetario con especies complejas, evolucionadas, capaces de dominar el medio, lleva mucho tiempo. Según la cantidad y el tipo de especies afectadas, la recuperación será más o menos difícil y la ocupación de los nichos ecológicos más o menos rápida.

- El eón Fanerozoico, el periodo en que se desarrollaron los animales y plantas no pudo aparecer hasta hace poco más de 550 millones de años, algo más de un 12% de la historia de la Tierra. El desarrollo de animales capaces de colonizar la superficie de los continentes requirió mucho más tiempo. Conseguir un equilibrio ambiental que permitiera el desarrollo de animales complejos, dotados de inteligencia (no solo los humanos la tienen), como los mamíferos y aves evolucionados ha sido muy reciente, no llega a 100 millones de años, y, si entre los animales superiores incluimos los dinosaurios, reptiles, protomamíferos y dinosaurios avianos, así como la flora más evolucionada, llegaríamos a 250 millones de años. Es decir fueron necesarios 4.300 millones de años para conseguir esas condiciones del sistema planetario. Cuanto más complejo es el sistema más tiempo requiere su formación y más delicado es. La recuperación de la extinción del impacto de Chicxolub y de las alteraciones que tuvieron lugar en el Eoceno, llevo varias decenas de millones de años y quizá no se ha resuelto por completo, pues desde hace 30 millones de años ha sido alterada por una glaciación que ha alcanzado su máximo durante el último medio millón de años. Las alteraciones que ahora estamos impulsando y las extinciones que estamos produciendo pueden desencadenar repercusio-

nes de escala muy superior a la del famoso impacto y la recuperación podría requerir mucho más tiempo.

- Probablemente ya no estamos en condiciones de detener el proceso que hemos desencadenado, con el agravante de que ha coincidido con un momento planetario de mejora climática, con la órbita de la Tierra cercana al círculo, con un interglaciar de larga duración; cuando, además, hemos acelerado un ciclo plurisecular en que el clima se aproximaba a un óptimo, semejante al Óptimo Medieval o al Óptimo Romano. Óptimo que hemos acelerado brutalmente en 150 años haciendo crecer el CO₂ desde 280 Ppm hasta 410, aumento que continúa a ritmo creciente (ya estamos en 413). Más no es solo la cuestión del calentamiento. Es toda la contaminación que estamos produciendo en el sistema, contaminación a la que no escapan las capas superiores de la atmósfera. Alrededor de 400-500 km de altitud hay toda una capa de objetos, residuos de naves y experimentos espaciales, lanzados por los humanos. El proceso de cambio ya se ha desencadenado, empezamos a ver sus primeros efectos y, como he dicho antes, la inercia es grande. Lo que ahora intentamos es ralentizar los procesos que afectan más intensamente al equilibrio del sistema en lo que más duramente afecta a la fauna (en la que nos incluimos) y a la flora. No lo detendremos, pero quizá podamos ganar tiempo para que las generaciones futuras puedan encontrar soluciones o adaptarse. Pero intentarlo no es conseguirlo, solo es un propósito del tipo «voy a adelgazar» o «voy a ir todos los días al gimnasio»; hacemos gestos simbólicos como cuando hacemos ejercicios un par de veces al mes para acallar nuestra sensación de fracaso. Las condiciones para realmente conseguirlo son de muy difícil, si no imposible, superación porque exigen grandes sacrificios en nuestro modo de vida y profundos cambios en la sociedad, por no decir que una revolución completa en el orden político y social. Esta es nuestra principal debilidad.
- Ciertamente ya hemos puesto en marcha el proceso de cambio, pero podríamos decir «*sí se puede*» respecto a detenerlo o reducirlo. Hay una mayoría que ya empieza a verse afectada en su modo de vida (incrementos de precio en la energía, limitaciones en sus posibilidades de promoción, enfermedades y afecciones por la contaminación, consecuencias económicas y mortalidad por los fenómenos meteorológicos), frente a una minoría que quiere seguir beneficiándose del consumo de recursos y de la ausencia de limitaciones a sus abusos. Aunque la mayoría ha estado “comprada” por su participación en el

deterioro ambiental a través del modo de vida establecido en la segunda mitad del siglo XX, la evolución económica desde comienzos de este siglo está expulsando de ese modo de vida a una cantidad creciente de la población que lo había alcanzado, de modo que el apoyo social al sistema será cada vez menor y mayor la rabiá consecuencia del *nessum mggior dolore* que produce el recuerdo de un pasado feliz en la miseria. Desde finales de los 80 del XX, se vienen anunciando “guerras climáticas”, bien sean por la apropiación de recursos básicos como el agua, o bien por cuestiones territoriales, migraciones a causa del deterioro climático. Ya estamos viendo conflictos que si no se manifiestan abiertamente por esas razones, las tienen en su base. Basta una breve ojeada a la política mundial para apreciar no solamente que desde los grandes poderes se está potenciando descaradamente la agresión al medio para multiplicar beneficios, sino, sobre todo, las tensiones que afectan al mundo y el hecho de que buena parte de los líderes del mundo actual son manifiestamente incompetentes cuando no absolutamente irresponsables y ambiciosos. Si a los problemas desencadenados por los cambios ambientales añadimos este panorama mundial y el sociopolítico de los diversos países, no podemos albergar esperanzas de un final que no sea desastroso.

- Y sin embargo se puede. El mundo actual posee técnicas y recursos para detener o, al menos, mitigar los efectos de los cambios ambientales. Cuando estamos pensando en “terraformar” Marte y proponemos osadas técnicas para crear una atmósfera y un suelo en ese planeta (cuestión que no es tan banal como parece, pues al fin y al cabo se trata de asegurar el futuro de quienes puedan pagarlo que no son tan tontos como para no ver los efectos de sus acciones. Se trata simplemente de explotar este planeta hasta el final, y asegurarse otro para sobrevivir), ¿cómo no vamos a estar en condiciones de aplicar aquí medidas que retiren CO₂ de la atmósfera o mejoren las condiciones del océano?. Seguramente no estamos lejos de encontrar soluciones para sustituir las fuentes de energía actuales por otras menos contaminantes, tampoco de encontrar soluciones para la mayoría de las condiciones del nivel de vida actual a incluso para retirar buena parte de los contaminantes y elementos que producen deterioro ambiental. El problema es económico, no tanto por el coste de su aplicación como, sobre todo por El “lucro cesante” la pérdida económica que supone abandonar técnicas y fuentes de energía que producen grandes beneficios por cuanto, su mayores costes están ya amortizados. Habrá que cambiar bastantes usos y costumbres de la vida actual, lo que,

sin duda supondrá incomodidades y renunciaciones para buena parte de la población, la tentación de evitarlas será con lo que se nos intentará comprar desde la política y los medios de comunicación.

En fin, el mañana no es seguro y el camino para llegar al él será duro, porque los riesgos de no llegar serán grandes. Más aún cuando somos demasiados y seguiremos siéndolo al menos durante algunos siglos, aunque vayamos reduciendo progresivamente la cifra. A medida que los problemas se agraven, la tentación de reducir el número de forma drástica será mayor. El siglo XX nos ha enseñado que las guerras mundiales son efectivas para eso. Además, hoy disponemos de otros medios para hacerlo aunque sean tanto o más peligrosos porque resultan incontrolables.

Considerando todo esto cuesta entender que sigamos con los ojos cerrados, no queriendo enterarnos, que nos conformemos con el *ecologismo utópico*, sin querer llegar a la consideración de un *ecologismo científico* de base *social*. Porque el planeta continuará su evolución pase lo que pase y quienes serán afectados serán los humanos, más exactamente la mayoría de los humanos menos favorecidos por la riqueza, así como los animales y plantas con los que compartimos el ambiente. Mientras no tomemos conciencia del fondo social del problema no habrá solución para esa mayoría.

Santander a 15 enero 2020
Luis Vicente García Merino